

## SEGUNDA ETAPA: FINALIDAD DE LA PERSONA, ser con y para los demás.

Martín Descalzo, J. L. (2010). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret I: Los comienzos* (20 a. ed. --). Salamanca: Sígueme.

### **El buen samaritano**

Si la parábola del hijo pródigo es la más conocida, le sigue no de lejos la del buen samaritano, en la que aún se nos presenta con más viveza la cara y la cruz de la verdadera y la falsa santidad. Hay, incluso, en ella algo de esas crueles caricaturas con las que Jesús solía describir las lacras del fariseísmo.

El camino de Jerusalén a Jericó, una larga pendiente de 27 kilómetros, era y es aún hoy famosa por los ataques de los bandidos. En la tierra rojiza de la cortada en que se abre el camino, quiere ver hoy la imaginación popular la sangre de este pobre hombre apaleado de la parábola. Porque los bandoleros no se contentaron con desvalijarle. Quizá se resistió al robo y ellos se vengaron dejándole medio muerto al borde de la calzada.

Y sucedió que pasaron primero un sacerdote y después un levita y ambos dieron un rodeo para no tocar siquiera al caído. Cumplían con ello una obligación legal. Ante un tribunal religioso no habrían recibido más que elogios: habían huido de la impureza. Tocar la sangre de aquel pobre hombre les hubiera impedido hacer el menor acto religioso después sin purificarse.

Jesús estaba atacando ahora lo sustancial de la religiosidad judía de los puros de su tiempo: haber puesto la pureza legal por encima de la caridad. Asombrosamente esos dos hombres renunciaban al amor en nombre de su religiosidad: de ella sólo sacaban razones para dispensarse de la misericordia.

Cuánta suciedad había en ese planteamiento lo comprendemos si recordamos que, aun siendo muy grande el egoísmo en el hombre, el primer movimiento espontáneo es el del amor.

Ha escrito Peguy:

**La caridad es algo natural. La caridad brota por sí sola. Para amar al prójimo no hay más que dejarse llevar, ver un poco de miseria. Para no amar al prójimo, habría que violentarse, torturarse, atormentarse, contrariarse. Habría que ir en contra de uno mismo. La caridad fluye naturalmente, brota de una manera sencilla, sin esfuerzo, como el agua de un manantial. Es el primer movimiento del corazón. El primer latido, que es el bueno.**

Esta caridad espontánea es la que empuja al buen samaritano a detenerse. Luego necesitará un amor mucho más hondo para no limitarse a una pequeña ayuda.

Jesús, como contraposición al sacerdote y al levita, ha elegido a quien teóricamente menos podría presentarse como modelo: miembro de un pueblo de herejes, miembro de una comunidad que odiaba a los judíos y que debía, por tanto, sentir repulsión hacia el pobre herido.

Era un viajero corriente. Venía de Jerusalén donde ciertamente no había estado para visitar el templo. El monte Garizim era su templo. Llevaba lo que todo viajero de la época portaba consigo: su mula y, dentro del sillín, una cantimplora de vino y algunas vendas de tela. Llevaba, en realidad, algo más: un corazón caliente.

Por eso, cuando vio que su mula se espantaba ante la presencia de un bulto caído en el suelo, detuvo al animal y bajó de su caballería, pensando, probablemente, que aquel hombre estaba ya muerto.

Ya en tierra, vio que respiraba aún. Y no tuvo entonces los escrúpulos de quienes le habían precedido, dejó que sus manos hicieran lo que su corazón ya mandaba: enjugó con vino las heridas del apaleado; lo montó cuidadosamente en su cabalgadura y, caminando él a pie para mejor sostener fraternalmente al herido, le llevó hasta la próxima posada y allí pagó al posadero para que le cuidase hasta su regreso.

Asistimos en esta parábola a mucho más que una anécdota: vemos cómo la caridad queda constituida en base de toda santidad. Así lo subraya el tradicional comentario de Bruce:

**La moral de esta historia es que la caridad es la verdadera santidad. Esa es la clave del edificio de la parábola. Esto es lo que explica particularmente la elección de los personajes, un sacerdote y un levita, personas santas por profesión y ocupación, y un desconocido samaritano, de raza distinta a la del hombre que necesitaba el socorro del prójimo. Los dos primeros subrayan la lección de la parábola por el contraste que surgieren entre la verdadera santidad del amor y las formas viciadas de la santidad; el último pone de relieve, con su buena acción, el valor supremo del amor a los ojos de Dios.**

Pero los padres de la Iglesia han ido más allá en la interpretación de esta parábola y la han visto como un misterio: es del corazón de Dios de lo que aquí se sigue hablando. *Toda la humanidad* — dice san Agustín— *yace herida en el borde del camino en la persona de ese hombre, a quien el diablo y sus ángeles han despojado. Y es Cristo el buen samaritano quien, bajando desde el cielo, carga con la humanidad a hombros para curarla.*

Por eso, desde entonces, todo gesto de amor tendrá ya siempre algo de cristiano, un recuerdo, quizá inconsciente, de Cristo. Y la Iglesia deja de ser la de Cristo cuando pasa a lo largo del camino de los que sufren, y es cristiana cuando se inclina hacia ellos. Tiene por ello plena razón Cerfaux cuando afirma que *toda la civilización cristiana ha nacido de esta parábola*. Aunque muchos, que se llaman cristianos, parezcan haber heredado más del sacerdote y del levita que del buen samaritano.

### **La santa ternura de nuestro Dios**

¿Y qué es lo que siente Jesús ante las multitudes que le rodean? Callad ahora y acercaos de puntillas. Porque estamos penetrando en el mismo corazón de Cristo. ¿Qué siente, qué experimenta Dios, el Todopoderoso, cuando, dejado el esplendor glorioso de su cielo, desciende a la tierra y se mezcla con el dolorido mundo de sus hijos? ¿Cómo contempla a esa humanidad doliente, a toda esa montaña de tristezas que parece estar acurrucada en los rincones del mundo y sale a flote en cuanto en el horizonte apunta una esperanza de salvación? ¿Siente dolor por su ceguera y su pecado? ¿Piedad por su abandono y su soledad? ¿Ternura por su pequeñez de hijos inermes? ¿Compasión por su vida sin vida? ¿Misericordia por su condición de pobre diablo, por el pobre diablo que es toda la humanidad?

Sí, todo eso. Todo eso junto y unido. Deja atrás la cólera. No cabe en él forma de desdén. Dejaría de ser Dios si se desinteresara. No cabría en su corazón el desprecio. Carece de capacidad para la amargura. El frío despego es lo propio del infierno, es decir: el lugar donde no está él. Sólo le queda la ternura. Lo propio de un padre. Lo característico de nuestro Dios.

El evangelio resume su reacción ante las multitudes con la palabra «compasión». No es la ternura del que, al sentirla, se queda fuera. Es la del que comparte. La de quien se siente reblandecido por dentro, conmovido hasta las lágrimas, al ver que sufren los que ama. *Viendo a la muchedumbre se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor* (Mt 9, 36; 14, 14; 15, 32; Mc 6, 34). ¿Se ha dicho alguna vez algo más hondo sobre la humanidad? No, el hombre no es malo, ni está corrompido. Está solo, decaído, desanimado, fatigado, perdido. Vaga por la vida sin saber que vive. Vegeta en la vulgaridad porque ni tiene fuerzas para descubrir su propia grandeza. Vive durmiendo. *Va inconsciente, vive inconsciente* —como escribe Pessoa—. *Duerme, porque todos dormimos. Nadie sabe lo que hace, nadie sabe lo que quiere, nadie sabe lo que sabe. Dormimos la vida, eternos niños del destino.* Por eso Jesús mira a la multitud como se mira a los niños que juegan o que duermen. Con una *ternura informe e inmensa*. Como una madre que, en el sueño, se inclina sobre sus hijos, buenos y malos, porque todos son suyos. Con una ternura compasiva que le llena de lágrimas los ojos.

¿Y qué les ofrece? Lo que tiene: su poder de curación, su palabra con autoridad, su amor de pastoreo, el pan de la palabra y del milagro (Mt 14, 14; 15, 32; Lc 6, 19). Pero les ofrece, sobre todo, un lugar de reposo: su propio corazón. *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré* (Mt 11, 28). Porque Dios y su amor son el mayor de los milagros y la más segura de las curaciones. Más tarde demostrará, con su sangre, que ese amor es bastante más que un simple sentimiento.

Y, aunque no se fía plenamente de ellos, se atreve a incorporarles a su tarea, a su misión. Y también a ellos —y no sólo a los doce elegidos— les envía a anunciar su nombre por el mundo.

Se recuerda pocas veces la escena que cuenta san Lucas en la que Jesús envía a «otros setenta y dos» a anunciar su Reino. ¿Quiénes son estos setenta y dos? No propiamente los apóstoles. Gentes que creían en él. Cristianos de base, diríamos hoy. Y a ellos les pide casi lo mismo que a sus apóstoles, aunque no quedarán después perpetuamente ligados a su persona. Ellos llevarán también su palabra. Participarán de su poder: expulsarán demonios, mostrarán la grandeza de Dios que pasa por sus manos de hombres vulgares. Y conocerán la alegría *volvieron llenos de alegría* (Lc 10, 17) de haber participado en la gran tarea. Y Jesús estallará de gozo (Lc 10, 21) al ver que su Padre no ha reservado su palabra a los sabios del mundo, sino que la ha puesto en las manos de los «pequeños». El reino de Dios, pequeño como una semilla, crecerá siempre gracias a los pequeños, los grandes protagonistas de ese Reino.

Y es que cuando leemos el evangelio pensamos únicamente en los «grandes» personajes que cruzan sus páginas: Pedro, Juan, Lázaro, Nicodemo, Magdalena... Pero ¿y los pequeños, los desconocidos, los anónimos?

Todos los hombres, se dice, tenemos un sitio en el evangelio. Para cada uno de los creyentes, se asegura, se ha escrito una de sus páginas, una de sus frases. ¿Y quién se atrevería a colocarse en las grandes llamadas, en las horas decisivas? ¿Por qué muchos no encontraríamos «nuestro rincón» en las figuras de alguno de los pequeños e importantísimos anónimos?

Tal vez yo sea uno de los pastores que, atónitos por la maravilla, dieron gloria a Dios desde su ignorancia (Lc 2, 20). O el esposo de Caná que nunca acabó de enterarse muy bien de qué milagro había sido objeto (Jn 2, 1-11). O la suegra de Pedro que sólo supo agradecer las misericordias de Dios sirviéndole a la mesa (Lc 4, 38). O aquel exorcista que, sin atreverse a formar parte del grupo

de Jesús, expulsaba, sin embargo, demonios en su nombre porque tampoco estaba contra él (Mc 9, 38-40). O el muchacho que tuvo la generosidad de dar lo poco que tenía, unos panes, sin sospechar que con ellos llegaría a comer una multitud de cinco mil personas (Jn 6, 9). O la mujer entusiasta que un día prorrumpió en piropos hacia la madre de Jesús (Lc 11, 27). O aquel leproso agradecido que supo volver a darle gracias a Jesús por el milagro (Lc 17, 12-19). O el buen ladrón que sólo le entendió en la hora de la muerte (Lc 23, 33). O cualquiera de los muchos curados anónimos que cruzan las páginas evangélicas dando gloria a Dios. ¿Quién nos asegura que no sean verdaderamente todos estos desconocidos los más auténticos protagonistas, junto a Jesús, del evangelio?

Por fortuna Dios ama la pequeñez. Por fortuna el corazón de Dios es suficientemente grande para que en él quepamos los pequeños. Charles Moeller lo ha dicho con palabras definitivas:

**El centro del cristianismo es el misterio de la humildad de Dios. En lugar de manifestarse en el poder de su gloria, Dios se ofrece a la tierra humildemente. Se presenta con la vestidura de un hombre a quien se puede golpear, abofetear, matar: se ofrece bajo el velo de textos a los que se puede negar, malinterpretar, rechazar, matar; nos llama con la voz de una Iglesia que está también indefensa, humilde y dulce de corazón, a semejanza de Jesucristo, su Esposo, vestida, como David, de sola su pelliza, armada con una modesta honda y cinco guijarros de torrente.**

**El Señor de la gloria no ha querido ni el poder ni la nada, ni el trueno ni el silencio del abismo, pues el poder tiránico o la sombra nada son lo contrario del amor. El amor quiere la dulzura humilde y gratuita; no se defiende: ofrece su cuello, de antemano, a los verdugos; y, sin embargo, es más poderoso que la muerte, y mil torrentes de agua no lograrán extinguir el fuego de la caridad. El amor quiere también la vida, la dulce vida; el amor da la vida y no la nada.**

Eso es lo que entiende o sospecha la multitud que le sigue. Y por eso, porque el amor no es moneda corriente en los mercados del mundo, se asombraban y gritaban felices: *Nunca se ha visto nada semejante en Israel* (Mt 9, 33).